



El sanador de la Tierra

The healer of the Earth

■ Benigno Varillas*

Resumen

Estudió Medicina, pero no ejerció. Se volcó en remediar el mal que aqueja al cuerpo celeste llamado Tierra. Ser médico permitió al doctor Félix Rodríguez de la Fuente intuir la teoría Gaia veinte años antes de que Lovelock expresara la idea de que el planeta es un organismo viviente. Océanos, atmósfera, piedras, desiertos, todo forma parte de un ser palpitante. No se puede entender, ni nada funciona, lo uno sin lo otro.

Palabras clave

Félix Rodríguez de la Fuente. Ecología. Hipótesis Gaia.

Abstract

He studied Medicine, but he did not practice. He did everything he could to cure the complaint from which suffers the heavenly body named earth. Being a physician, Doctor Felix Rodríguez de la Fuente could sense the Gaia theory twenty years before Lovelock stated the idea that the whole planet is a living organism. The oceans, the atmosphere, the stones, the deserts, everything is a part of a beating being. Nothing is understood, nothing works, and less so the one without the other.

Key words

Félix Rodríguez de la Fuente. Ecology. Gaia Hypothesis.

* Periodista, comunicador ambiental y director del proyecto *Muruna* (Mundo Rural Naturaleza). Este texto resume la obra recientemente publicada por el autor: *Félix Rodríguez de la Fuente. Su vida, mensaje de futuro* (Madrid: La Esfera de los Libros, 2010) con motivo del XXX aniversario del fallecimiento del insigne divulgador de la naturaleza nacido en Poza de la Sal (Burgos) en 1928 y fallecido en un accidente de avioneta en Alaska en 1980. Para debatir y ampliar las ideas que recoge este artículo, el autor mantiene abierto un blog a todo interesado en las mismas en: <http://muruna.ning.com/profiles/blogs/el-pensamiento-de-felix>.

■ Allá por los años cincuenta del pasado siglo unos pendencieros estudiantes de Medicina, aficionados al deporte y a las mujeres, oían boquiabiertos a uno de ellos, al que llamaban cariñosamente Felisín, elucubrar en su tertulia diaria del café *Norte* de Valladolid sobre la similitud de las relaciones que enseñaban en la Facultad que hay entre los tejidos y entre los órganos del cuerpo humano, y las interrelaciones entre las diferentes especies vivas del planeta y las de éstas con los espacios que habitan. A sus 22 años, Félix Rodríguez de la Fuente unía lo que aprendía en la Universidad con lo que oía a su amigo Tono Valverde, el naturalista vallisoletano que en 1964 fundó la reserva de Doñana, y que por aquel entonces iniciaba de forma sorprendente sus primeros pasos en ecología. Tono, enfermo de tuberculosis, escayolado entonces de una pierna, tomaba con dificultad las notas de campo apoyado en muletas. Para abreviar, dejó de abrir fichas por especies y pasó a utilizar una para todas las que veía en cada zona. Así conformó la mente de ecólogo que le hizo pionero en esa ciencia. Intimó con Félix en 1953, cuando éste se empecinó en recuperar la olvidada práctica medieval del arte de cetrería.

Rodríguez de la Fuente se sorprendía al verse reflejado en los penetrantes ojos de los halcones cuando los miraba embelesado. Aquellas aves poseían la independencia que añoró siempre, desde que le apartaron de su pueblo agreste y se vio atrapado por internados, imposiciones sociales y perspectivas profesionales convencionales. Descubría en ellas el valor de “la libre y voluntaria asociación en mutuo beneficio de dos cazadores, el más poderoso de la Tierra, el hombre, y el más acabado cazador del cielo”, como escribió, añadiendo: “las experiencias y emociones que atesora el halconero a lo largo de muchas temporadas de caza le demostrarán más y más que el halcón no es un esclavo. Es, quizá, el único animal a quien no se puede someter por la cadena o el látigo. Es un comensal, un amigo”. Cuando el halcón se subía a su guante, su mente se trasladaba a épocas pretéritas. Tenía en el puño cien mil años de historia.

El adiestramiento de las aves de presa le despertó interrogantes e inquietudes que le asaltaban al recordar su infancia montaraz en el pueblo burgalés de Poza de la Sal, donde la Guerra Civil le libró de ir a la escuela hasta los 10 años de edad. Sospechaba que los halcones le estaban abriendo las puertas de un arcano. ¿Cuál? Aún no lo sabía. Sólo intuía que tras aquella simbiosis que era capaz de establecer con los grandes depredadores había algo más que un pasatiempo.

Estaba empezando a descifrar las claves de una sabiduría ancestral, un legado de la vida que debieron dominar los hombres del Paleolítico. Pero no sospechaba para qué le serviría descubrir semejante misterio y la misión que le esperaba. Sólo intuía que no sabría vivir ya sin el tintineo de los cascabeles, sonido alegre, juguetón, de alerta, que pasó a ser consustancial a su presencia. Era la música celestial del Paraíso perdido.

Había estudiado Medicina con la filosofía que entrenaba en atletismo, para cultivar la mente. Quería vivir experiencias intensas, disponer de tiempo para explorar y conocer. Viajar teniendo un objetivo que realizar, no como el turista que picotea el paisaje sin profundizar. Vivir al aire libre, pasarlo bien, no un mes al año, sino todo el tiempo. Intuía que combinando su preparación uni-

versitaria con su formación autodidacta en rapaces, desarrollaría una actividad en la que sentirse a gusto. Era su máxima prioridad.

El hombre, su origen, los antepasados, los homínidos, su evolución, el comportamiento animal y humano, el futuro de nuestra especie en el entramado del planeta, la génesis de la vida en la sopa marina primigenia, la capacidad de la fotosíntesis para transformar sales inertes en vida vegetal, la vertiginosa sucesión de las mil y una estructuras de los seres animados, la fauna, los depredadores, eran temas que le atraían, con los que pasaba las horas hablando en la tertulia del Café Norte cuando estudiaba en Valladolid.

Estudió la fauna salvaje con óptica de médico, velando por mantener viva la vida. Compartía su tiempo, espacio y energía, no con pieles polvorientas de museo, sino con seres vigorosos y libres. Su mundo eran las aves de presa en acción, entrenadas como los deportistas universitarios de la pista de atletismo que frecuentaba. Su visión de la vida, su capacidad de divulgar el conocimiento sobre ella, estaba abocado a ser diferente al del biólogo de laboratorio de su época.

Así como si falla el hígado, el páncreas o los riñones, el organismo se muere, la naturaleza necesita de todos sus componentes. Ese enfoque le proporcionó una visión de los seres vivos pionera, distinta a la de sus contemporáneos. De ese paralelismo entre el organismo humano y el Universo nació su sentido de pertenencia a un planeta viviente en el que somos eslabones de una cadena y en el que la agresión a una de las partes afecta al resto. La hipótesis Gaia postula que la vida genera las condiciones adecuadas para existir, modificando el entorno. La atmósfera y la superficie del planeta se comportan como un todo vivo que se encarga de autorregular la temperatura, la composición química y la salinidad de los océanos, entre otras constantes vitales. Félix percibía de forma intuitiva esas interrelaciones.

Apenas se había propuesto resucitar el arte de cetrería y atraer el aprecio de sus contemporáneos por las aves de presa, cuando el todopoderoso Estado anunció que los vientos soplaban en otra dirección. El decreto del ministerio de Agricultura del 11 de agosto de 1953 por el que se declaraba obligatoria la creación de las Juntas de Extinción de Animales Dañinos le dejó claro que sus contemporáneos no pensaban en recuperar las antiguas alianzas del hombre nómada y libre del Paleolítico con la naturaleza salvaje. Nada de captar el mensaje que intuía escrito en la bóveda de la cueva de Altamira por los hombres del Magdalenense que pintaron los bisontes y demás fauna. Nada de acabar con la guerra a muerte contra lo silvestre que se inició con el Neolítico, cuando domesticamos el ganado, las plantas y a nosotros mismos. El rechazo arreciaba y se hacía política de Estado. Fue duro para un joven temperamental asistir al intento de exterminio oficial, por decreto, de las rapaces que admiraba y amaba.

El duelo era desigual. Los funcionarios y los terratenientes por un lado, pagando para que medio país se dedicara a perseguir y aniquilar la fauna carnívora y, por otro, dos locos —él y Tono Valverde—predicando que los depredadores eran buenos para mantener el equilibrio ecológico. Se jugaban el tipo descolgándose a los nidos para coger aves de presa, no para matarlas y cobrar la recompensa, sino para anillarlas y soltarlas, o cuidarlas con mimo y entrenarlas para que depredaran más y mejor con la ayuda del hombre.

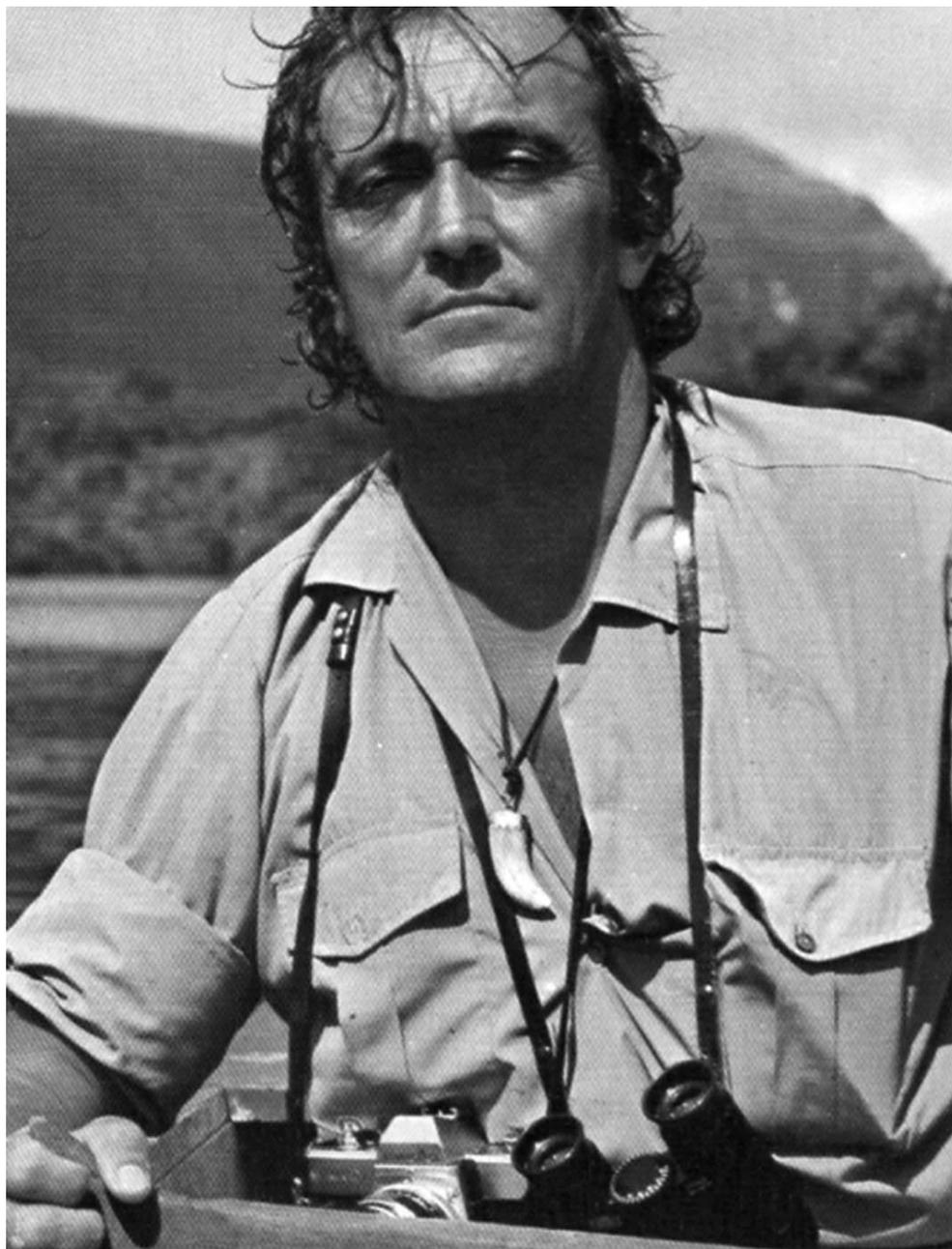


Figura 1. Félix en Venezuela (1970) durante los rodajes de El Hombre y la Tierra (cortesía de la Fundación Félix Rodríguez de la Fuente).

El desastre no era sólo que se mataran cientos de miles de especímenes de la fauna salvaje. Lo peor, por irreversible, era que sus territorios, los criaderos de la vida, se destruían a marchas forzadas con infraestructuras y políticas desarrollistas que ignoraban el valor de los recursos naturales.

Acabada la carrera de Medicina, Rodríguez de la Fuente se instaló en su casa paterna, en Briviesca. Volvía con la idea de dedicar un tiempo a explorar las posibilidades de la cetrería antes de plantearse ejercer. “El disgusto que le di a mi pobre padre, al buen notario, fue inmenso al decirle que por el momento no pensaba practicar la carrera, y que me iba a dedicar a reinventar el arte de cetrería. Pero siempre he sido fiel a mis intuiciones, fidelísimo a mis apasionados golpes de corazón. Decidí, en cualquier caso, dedicar el tiempo que fuera necesario antes de coger el fonendoscopio y el termómetro —que, por cierto, luego ya nunca cogí, en el sentido práctico— a encontrar un azor y unos halcones para adiestrarles”.

En 1956 inició la especialidad de Estomatología en Madrid y aquel mismo año España puso en marcha el medio de comunicación que cambió la vida de sus ciudadanos, particularmente la de Rodríguez de la Fuente. En octubre se inauguró Televisión Española. Las emisiones se hacían desde un pequeño chalet del madrileño Paseo de la Habana. Durante tres años, TVE emitió localmente para la zona centro de la Capital. En febrero de 1959, el servicio llegó a Barcelona; a las dos Castillas en octubre de 1959; a Valencia en 1960; a Galicia y Sevilla en 1961 y a Canarias en 1964.

En 1958, con 30 años, Félix culminó la especialidad de Odontología. Su trabajo de curso no pudo ser más original. Comparó las semejanzas de las técnicas empleadas por los halconeros de la Edad Media para hacer implantaciones en las plumas de las rapaces con las de los dentistas. Lo tituló: *Técnicas protésicas empleadas por los acetreros del siglo XIV*. Fue tan sorprendente que le dieron el premio Landete Aragón.

Hasta ese terreno llevó su pasión haciendo un trabajo que unía su mundo particular al de su supuesta futura profesión. El doctor Baldomero Sol, que le conocía de alumno y le apreciaba, le dio trabajo en su consulta odontológica. La dedicación que le requería la nueva actividad no le hacía sentirse afortunado. Veía que la vida laboral de la clínica le absorbía, pero la presión de su padre para que sentara cabeza era fuerte y no quería disgustarle.

El doctor Sol accedió a tener un ayudante a medias, no sólo en horario. Su “otra mitad” volaba constantemente fuera de las paredes de la clínica para imaginarse los almendros en flor, las escuadras de grullas rumbo al Norte, los halcones empezando sus vuelos nupciales y el azor cazando para su prole. Estaba ante un dilema y tenía que resolverlo.

En febrero de 1958 se sumó al grupo de odontólogos que constituyeron la Sociedad española de Periodoncia. En su cincuenta aniversario, esta asociación profesional exhibiría con orgullo haberle contado entre sus fundadores, a pesar de su paso fugaz por la misma. Fallecido su padre, en 1961, no se sintió obligado a continuar la carrera. Una vez que no podía disgustar a don Samuel, no había nada que le atara a la actividad profesional que había emprendido por respeto filial, no por vocación.



Figura 2. Félix (1965) con los lobos que adoptó: Remo y Sivila (cortesía de la Fundación Félix Rodríguez de la Fuente).

De 1962 a 1966, vivió volcado en la cetrería. Fueron los años más felices de su vida. Vivía por y para los halcones. Cazando con ellos, vigilando sus nidos, hablando con guardas y propietarios. Con la ilusión de pasar así el resto de sus días. De los 34 a los 38 años, lleno de energía, emparejado con una novia que le secundaba en su afición, libre de la angustia que le ocasionaba verse engullido por la profesión de dentista, se sentía libre como las rapaces cuando elevaba su puño enguantado y salían disparadas tras la presa.

El tres de marzo de 1960, escribía al director del diario ABC posicionándose contra la política oficial de exterminio de las rapaces:

“Creo que se está cometiendo una verdadera equivocación. ¿Qué pensaría usted, señor director, si supiera que esas matanzas son contra-productivas, que se ha demostrado científicamente que las aves de presa, por contribuir a la selección natural, son la mejor salvaguardia para la conservación de las especies cinegéticas? Si lo que pretenden estas Juntas de Extinción es proteger a las perdices, liebres y conejos, están cometiendo un gran error. Las aves que ellos persiguen son grandes destructoras de urracas, grajas y cuervos, pájaros, estos sí, verdaderamente dañinos, que se alimentan de huevos y gazapos, dotados, por otra parte, de gran fecundidad. Las aves de presa, si es cierto que matan perdices, es a los ejemplares enfermos o menos dotados, impidiendo así la degeneración de la especie”.

La facultad reflexiva, el poder pensar, la inteligencia, tenía que servir para capacidades más sofisticadas que la simplona de eliminar toda competencia que intente captar la energía que encierran las presas que uno mismo necesita tomar para nutrirse. Pensar que así queda todo para nosotros no nos hubiera llevado muy lejos. Si alguien hace algo mejor que el hombre, si otras especies son más veloces o más resistentes y gracias a esas facultades cazan más y mejor las piezas que los hombres necesitan para comer, no se las eliminaba, como se hace ahora. En el pasado más lejano aquellos antepasados de las cavernas que algunos imaginan embrutecidos, se aliaban con ellas.

La Ecología le enseñó la relación entre las especies, la pertenencia, el sentido cósmico de la vida y el formar parte de un todo. La alianza del hombre con el halcón le descubrió otra dimensión de sí mismo, del ser humano. Comprobó que no siempre debimos de ser tan competitivos y posesivos. Que entre nosotros y con otras especies, en la mayor parte del tiempo que llevamos como *sapiens* sobre la faz de la Tierra, fuimos una especie cooperativa. Antes de las armas de fuego esa posición era la inteligente y la posible. Donde no llegaba una flecha llegaba el halcón.

Justamente por los nefastos tiempos de las Juntas de Extinción de Animales Dañinos irrumpió en el escenario un pensador que revolucionó el mundo, impulsando otra joven ciencia, la Etología. Como Félix, era médico. Dedicó su vida a observar y a convivir con la vida salvaje. No al estudio convencional, taxonómico, sino a su comportamiento. El austriaco Konrad Lorenz, que así se llamaba, desarrolló la técnica de troquelar animales en el momento de su nacimiento, de modo

que gansos, grajillas y zorros le reconocieran como de su misma especie y mantuvieran una relación incluso de pareja con él. Sus libros se transformaron en *best seller* y le encumbraron al punto de que en 1973 le otorgaron el premio Nobel de Medicina por sus estudios del comportamiento animal y humano. La Etología y Lorenz encandilaron a Félix Rodríguez de la Fuente. Con esa ciencia entendía mejor la cetrería y ante él se desplegó un mundo de posibilidades.

Le apasionó un trabajo de Konrad Lorenz sobre el origen del perro. La alianza con las rapaces le había cautivado, pero la idea de un pacto paleolítico entre el hombre y el lobo, de una hipotética y larga etapa de convivencia feliz con el ahora gran enemigo, eso ya desbordaba su imaginación. No en vano, desde la cuna había oído los aullidos y las historias que sobre los pérfidos cánidos contaban sus mayores. Sus experiencias infantiles, el descubrimiento de la obra de Lorenz, las conversaciones que mantenía cada vez que se veían con el para entonces ya director de la Estación biológica de Doñana del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el profesor José A. Valverde, sobre los depredadores que nos forzaron a ser *sapiens*, le despertaron el interés por criar lobos, convivir con ellos y arrancarles el secreto que esconden de su relación con el hombre en la noche de los tiempos. Intentó averiguar cómo se entendieron de tal manera que de esa relación surgió el perro. Quería saber por qué se rompió la alianza y el lobo se transformó en la fiera odiada. Porque, en recuperar el pacto con la naturaleza veía la esperanza de supervivencia. En 1977, reflexionaba en su programa semanal en Radio Nacional de España:

“Los hombres primitivos, hasta hace 10.000 años, en los que aparece esa etapa cultural humana que se llama el Neolítico, debieron sentir un profundo respeto por la naturaleza, al menos en las últimas fases de los cientos de miles de años que duraron lo que se ha dado en llamar la etapa de los cazadores superiores. Ahora nuestras religiones son neolíticas, nuestras filosofías son neolíticas, nuestras políticas son también neolíticas. Pienso que la gran ruptura del hombre con el pacto sagrado que tenía con la naturaleza, que se produjo hace 10.000 años, aún no se ha corregido, pero intuyo que estamos empezando a romper las amarras del Neolítico. Hay movimientos filosóficos, políticos, de reflexión sobre la actuación del hombre frente a la naturaleza, que están empezando a llamar la atención del hombre diciéndole que no todo puede ser abusar de la naturaleza, aprovecharse de ella sin darla nada a cambio, porque delante de nosotros, si seguimos con esta conducta, está el abismo. Muchas veces he pensado si todas las teorías religiosas y filosóficas que hablan de paraísos perdidos, de expulsiones del Paraíso, de ganarse el pan con el sudor de la frente, de parir con dolor, no se referirán a la ruptura del pacto sagrado del hombre con la naturaleza. Las religiones antiguas, las de los pueblos primitivos, hablan de una divinidad al margen de facciones, de comportamientos o de parentescos humanos. El *Comba* de los pigmeos, el padre de todos los elefantes, de las plantas y de todos los hombres, es algo inconmensurable, que no se puede representar, que no tiene

parentesco directo con *Homo sapiens*, como no lo tiene tampoco con el elefante o con la hormiga. Esas divinidades múltiples que se alojan en el seno de las aguas, que están en las alturas, o que viven en los hielos de los esquimales, divinidades generatrices y desconocidas, están en la misma línea que las divinidades de los pigmeos. Esa otra gran comunidad de seres míticos, que son las estrellas para los bosquimanos, que de alguna manera engendran el alma del cazador, el alma de la doncella, el alma de la hierba, el alma del oryx al que se pretende cazar para comer. Ese gran metabolismo religioso de los pueblos primitivos en los cuales todo forma parte del mismo plasma, de la misma cosa. Esa humildad empequeñecida del hombre ante el cosmos todopoderoso, es algo que pierden los pueblos neolíticos, que inventan, fabrican, divinidades antropomórficas, con barbas y rayos en las manos, con vicios y con virtudes, con pueblos favoritos y pueblos enemigos, divinidades que están fundamentalmente al servicio de la dominación y de la explotación de la Tierra”.

Su mensaje caló en una sociedad atrapada por el ruido y el agobio de las ciudades. Se transformó para millones de españoles en el cordón umbilical con la naturaleza y con la aventura. Evocaba el mundo perdido tras la migración masiva del campo a las ciudades. Puso en evidencia el abandono de la cultura rural y el desarraigo de la vida al aire libre que padece buena parte de la población, incluido él mismo. También él se sentía agobiado por el exceso de trabajo, la vida en la megápolis y las obligaciones sociales. Su vida se debatía entre la ciudad, donde vivía su familia, y el campo, donde rodaba sus documentales y escuchaba en el suave tintineo de los cascabeles de sus halcones, que volvían una y otra vez a su puño libremente, la renovación del pacto con la naturaleza.

En agosto de 1977, en una carta dirigida a unos niños decía:

“Debemos volver a la vieja armonía de las pequeñas comunidades agrícolas que obtenían todo de la tierra y devolvían todo, a su vez, a la tierra. Pero evidentemente, sin renunciar a las conquistas de la técnica que, sin dañar la naturaleza, enriquecen y facilitan nuestra existencia”.

Empezaba a imaginar un escenario en el que el hombre del futuro pudiera recuperar el pacto con la naturaleza del hombre del Paleolítico. Su visión de un mundo interrelacionado iba cada vez más lejos. No sólo veía a los seres vivos como un todo. Llegó a imaginar que la solución a los problemas generados por la especie humana era que la evolución nos llevara a desarrollar una especie de mente universal, resultado de la suma de millones de mentes individuales. Pasó a ver la vida inteligente como algo capaz de evolucionar más allá de la limitada capacidad de un cerebro humano, pensando aisladamente. La solución debía estar en un mundo de cerebros pensando en red. Concibió así, mucho antes de que hubiera ordenadores personales, lo que hoy es Internet y las posibilidades de la Sociedad de la información.

Aquella arrolladora personalidad que sabía por experiencia propia del potencial de la palabra, y hasta qué punto puede actuar como una especie de feromona capaz de generar conocimiento de forma cooperativa, intuyó que algún día -sin imaginarse que iba a ser apenas quince años después de su muerte- se desarrollaría una capacidad extraordinaria, imparables. No le podía dar aún el nombre, pero la describía, como un sueño, no solo suyo, sino de la vida inteligente:

“Si el mundo de las termitas, el termitero; el de las hormigas, el hormiguero; el de las abejas, la colmena, mundos limitados, funcionan coordinadamente gracias a que en su interior circulan mensajes codificados, químicos, no intelectuales, que han permitido que un sencillo insecto esté en vías de evolucionar hacia un superinsecto, ¿no es posible que el primate que se llama *sapiens*, que ha sido capaz de inventar evolutivamente una argamasa infinitamente más plástica e inhibidora, creadora de más apretados entresijos, que es la comunicación, la cultura, pueda con esa argamasa intelectual que es el mensaje, transformar el planeta en un termitero gigantesco de hombres? Para mí, que de verdad estoy siempre mucho más cerca de la esperanza que de la desesperanza, para este amigo de la Vida que he dicho muchas veces que cuando desaparezca le gustaría que pusieran en su lápida *biófilo* —es decir, amante de la Vida, en todos los significados del término— es como una especie de luz, de infinita esperanza, pensar que el hombre está evolucionando hacia la creación de un súper organismo de nivel planetario y que, si quieren, dejando volar mi imaginación, me atrevería a calificar como un planeta pensante”.

Veinte años antes de que se extendiera Internet, y con ella la Sociedad de la información, llegó a la conclusión de que la comunicación y el avance del conocimiento científico podría dar a la humanidad una oportunidad de superar el mal sueño del Neolítico: Seres humanos interconectados cerebro a cerebro, sin cortapisas, intercambiando información, generando conocimiento en común, colocando el saber universal a disposición de todos, de forma gratuita, interactiva. Así imaginó Rodríguez de la Fuente a la humanidad encontrando el camino para que la vida inteligente evolucione más allá de lo que da de sí un solo cerebro que, por dotado que esté, no se puede comparar frente a lo que pueden producir millones de mentes interconectadas. Vaticinó que la Ciencia sustituiría a las ideologías políticas y a las religiones para ser la base de la conducta moral de la especie humana:

“Habría que tener en cuenta los imperativos de la Ecología, una ciencia que si se respetan sus parámetros y no se emplean únicamente con finalidades políticas u oportunistas, puede, de verdad, salvar a la humanidad y mantener perfectamente el funcionamiento de los ecosistemas de nuestro planeta”.

El hombre primitivo era autónomo, seguro de sí mismo. Sabía sobrevivir con sus manos e inteligencia. No necesitaba dominar, doblegar, ni esclavizar a nadie para sustentarse él y los suyos. Y lo que era fundamental, era feliz, divertido, reía y disfrutaba. Imaginó al poderoso hombre del Cuaternario, el que pintó Altamira, inteligente, culto, educado, pacífico, tolerante, igualitario, cooperativo, fuerte, atlético, atrevido, alegre, expresivo, locuaz, libre, autónomo, seguro, cosmopolita, viajero, amante de la vida, feliz y compenetrado con su entorno. Un ser humano que no conocía nacionalismos, fronteras, propiedad privada, la dominación, el sometimiento, el trabajo, los jefes, la dependencia, las guerras, el estrés, la ansiedad, las depresiones.

Esa es la conclusión que sacó Rodríguez de la Fuente observando las tribus de pueblos cazadores que tuvo la suerte de visitar en los años sesenta y setenta del siglo pasado. Logró contactar con los vestigios de un pasado que había perdurado miles de años como si esperara la llegada de alguien a quien pasarle el testigo, conscientes de que se irían para siempre pocos lustros después, con la globalización del planeta y el exterminio cultural de lo que quedaba.

Félix se dio cuenta desde muy joven que esa forma de vivir era la única que le proporcionaba felicidad. Una vida parecida a la que disfrutó en su infancia rural, particularmente montaraz, de los años de la guerra, que transformó a su pueblo en una ínsula rural, al margen de la locura exterior en la que vivía el resto del país. Un remanso de paz y libertad en el que los niños que formaban su pandilla pudieron declararse en verdadera “república independiente” ajena a la barbarie de los adultos. Esa vivencia tuvo que influir en su interés por descubrir la etapa de la humanidad en que los hombres llevaron una existencia muy similar, en una infancia paradisíaca, así como que la vida reglamentada y convencional le hiciera sentirse domesticado, domado y dominado.

Lo sorprendente es que además de identificar la enfermedad y acertar en el diagnóstico, llegó a esbozar el remedio. Partió de una premisa: la vida es demasiado maravillosa como para que su manifestación más fantástica, que es la vida inteligente, se desarrolle para tener un triste final. Si la evolución dio al hombre la capacidad de pensar, dotándole de una masa cerebral que le permite la reflexión, ese esfuerzo y ese éxito no puede haber sido para acabar mal.

Dándole vueltas de cómo podría el ser humano salir del atolladero, de un mundo que se come los recursos disponibles, dio con una fórmula magistral que trabajada aportaba luz a un futuro posible:

“Creo profundamente en el inconsciente colectivo. Yo creo que el alma, el espíritu de todos los seres humanos forma como un tejido poderoso que envuelve el planeta y es el que pervive. Yo creo que quienes más aporten a ese alma colectiva, a ese acervo cultural colectivo, a ese ser vivo palpitante, impalpable, que es el ente de la cultura viviente universal, de alguna manera, obtienen un billete para la eternidad. Precisamente por eso, en el ámbito de creer, de estar convencidos de lo mejor que un hombre puede hacer —si lo hace con fe, si lo hace dando todo lo que tiene dentro— es regalar a sus conciudadanos, a los



Figura 3. Félix, convertido en el “lobo alfa” (jefe), con un miembro de su manada en los montes ale-daños al barranco del río Dulce en la localidad de Pelegrina, Guadalajara (c. 1968). Esta foto ilustra la portada del libro (Félix Rodríguez de la Fuente. Su vida, mensaje de futuro) recientemente publicado por el autor del artículo (cortesía de La Esfera de los Libros).

otros hombres, aunque sepan más que él en casi todo, lo que él ha ido atesorando, acrisolando, a lo largo de su vida, en su mente”.

Estas palabras anticipaban el fenómeno de la interactividad y la generación de conocimiento colectivo y cooperativo en red, de mundo en red que iba definiendo como si viera ya en 1976 los millones de *blogs* que hoy pululan por Internet, y los que vendrán.

Las perspectivas de que la especie evolucione hacia un ser humano capaz de recuperar las claves que poseía el hombre que sobrevivió millones de años por entenderse consigo mismo y con la naturaleza, posiblemente nos las dé la Sociedad de la información y el conocimiento. Probablemente lo haga de nuevo bajo la forma del matriarcado, forma de organización social común en pueblos primitivos que viven en el Paleolítico. A este respecto consideraba que:

“Si en el grupo zoológico humano el macho ha sido el cazador, el guerrero, el que tiene mayores componentes agresivos, no tendría nada de

particular que pensemos en una humanidad en que la hembra que se ha despegado menos de los patrones clásicos originales de nuestra especie, vaya a tener un predominio de componente natural. Quizá algún día, como en un termitero, nos hayamos planteado la producción de sucesores de los seres humanos con probeta. Quizá algún día la disciplina doméstica, que es la que impone la hembra en el *domus*, la hembra que administra y la hembra que rompe agresividades masculinas, y a veces femeninas, sea un planteamiento planetario. Es posible que para entonces ya no haya machos ni hembras, es posible que para entonces ya no haya ni siquiera amor sexual, es posible que para entonces todo sea amor y contemplación y la satisfacción de saber todo lo que se puede saber a través de esa hormona social, de esa noosfera, que es la capacidad que el hombre tiene para la comunicación”.

Félix Rodríguez de la Fuente fue un divulgador de la naturaleza sin igual. La convirtió en número uno de audiencia en televisión, radio y quiosco. Transmitió con pasión la felicidad y la admiración que le inspiraba el fenómeno vital. Los españoles le debemos habernos entusiasmado y ayudado a apreciar la vida salvaje. Disfrutamos de él como uno de los mayores soplos frescos de nuestra historia. El accidente de avioneta que segó su vida, la de sus dos cámaras Teodoro Roa y Alberto Mariano Huéscar, y la del piloto Warren Dobson, el 14 de marzo de 1980, día que cumplía 52 años, mientras rodaban un documental en el nevado Alaska, no impidió que su obra continuara. En veinte años de una impresionante y fecunda labor, provocó tal interés por la naturaleza que dejó un ejército de jóvenes dispuestos a consagrarse al estudio y la defensa de la fauna y la flora salvaje. Su vida, su persona, fue el mensaje que nos dejó. Un espíritu indómito, que valoró la libertad y la felicidad por encima de todas las cosas y que siempre opinó que, más pronto que tarde, encontraremos la manera de entendernos con los demás, con la naturaleza y con nosotros mismos.